

CARAS Y CAPETAS

SEMANARIO FESTIVO
DECANO DE LOS PERIODICOS ILUSTRADOS

Director: **ARTURO GIMENEZ PASTOR**

GALERIA CÓMICA
FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES

1895

AÑO II
Nº 94
Diciembre 15 de 1895

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva.
lente con el aumento del franco.

Número corriente 30 centesimos. - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS.

Oficinas CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

Que es general lo sé bien
y que es oscuro también,
que es Santo, si que no sé;
pero vale como cien
cuando al enemigo vé.

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Arturo Giménez Pastor—«Contrastes», por Antonio Santero—«Don Zenón», por Carlos Lengua—«Justicias y Ladrones», por M. Gassorio y Bernad—«San Miguel Arcángel», por J. de R.—«Epigramas», por L. L.—«Teatros», por Rebecmol—«Tristezas», por R. S. Díaz—«Por qué no deben gobernar las mujeres?», (concurso).

GRABADOS—Galería cómica. Fotografías sin retoques—«Para Ellas», retrato de señorita, por Aurelio Giménez—«El Santo del nuevo Hanco», por Wimpaine II—«La gracia ajena», Historieta, por Mecachis—y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



OTRO EN HUELGA

DE ORILLA Á ORILLA

CHARLA SIN TRASCENDENCIA

Me supongo que no saben ustedes, mis buenos lectores, que el 10 del que corre (por cierto más ligero de lo que quisiéramos que corriera los que tenemos cuentas para fin de mes), el vapor «Uranio» me recibió en su seno sin mayores muestras de emoción.

Y me supongo que no lo saben, porque me embarqué públicamente y por ende no de incógnito, á la usanza de los reyes y del comisario Da Costa, que el es modo de embarcarse más eficaz para que se sepa instantáneamente.

Por supuesto que una vez dentro del barco, y ya este en movimiento (¡y tan en movimiento!) empezamos los pasajeros á perder toda esperanza de salvación; porque el tal galopaba sobre las aguas que era una barbaridad y las aguas brotaban en dirección contraria que era un gusto, y á nosotros nos corría por la piel un sudor copiosísimo y muy frío, para completar aquel caso de sport náutico.

Procurando hacer de tripas corazón, aunque probablemente nuestras tripas no estaban en tal momento para estas cosas, y llevados por la costumbre y por un camarero encargado de evitar que en un momento de demencia provocada por el mareo nos sentásemos sobre la sopera, pusímonos á la mesa, en un estado de desesperación estomacal imposible de definir, porque el vapor daba unos balances tan espantosos que ni el de la Tesorería de la Nación una vez terminada la *Kermesse* vá á resultar peor.

Allí, dominados por la cruel dolencia hù-

meda, como la llamaba un viajante sordo y bárbaro al mareo, procuramos ingerir un poco de alimento, de entre los muy buenos platos que figuraban en lista (sea dicho en honor de la empresa del «Uranio»), pero el pollo nos parecía un celador frito y nadie nos hubiera hecho pasar que la *Bayonnaise* no era una fuente de engrudo confeccionado con aceite de hígado de bacalao, y las croquetillas tomas de Emulsión de Scott rebosadas con huevos octogenarios. Agréguese á esto que todo lo encontrábamos mal oliente y muchos creían estar masticando el asunto Buhigas-Calvete en salsa.

Por último, con el aumento de balanceos diéronse los pasajeros más débiles á hacer barbaridades; hubo quien por tomar la botella del vino cogió la de salsa de pescado y la vació brutalmente en la oreja de una señora tartamuda que también perdido el seso con el mareo, acababa de echar su parte de lomo de vaca con arvejas en la copa, mientras una niña romántica miraba con ardiente apasionamiento un sifón vacío, empuñada en hacer echar soda por las narices al capitán. Finalmente hubo que sacar del salón á un joven enamorado y celoso que acababa de pegar un puntapié á su novia y concluyó por declararse loco de amor, al primer comisario.

Entre tanto el capitán, como todos los capitanes del orbe, aseguraba muy tranquilo que en cuanto diésemos la vuelta al Cerro (cuestión de hora y media apenas) pasaría todo aquello. Cosa muy tranquilizadora, si no hubiera ocurrido que antes de verlo realizado habíamos arrojado todos el organismo completo lejos de nosotros.

Que es lo que yo decía á otro colega de desgracia después de haber encontrado á un desdichado dando vueltas de carnero sobre cubierta para desvanecerse más pronto.

—Creo que á la fecha no nos queda nada dentro.

—Nada absolutamente. Conque figúrese usted si me alegraré yo de no haber traído á mi señora, que está en cinta!

Y después de todo esto, se acuesta uno y, es natural, sueña con que es iniciador de la *Kermesse* del Patronato, ó con que Brian es Ministro de Hacienda, ó con Cuestas, y otras cosas horribles, hasta que se despierta por fin destroncado como si saliera recién de algún cuartel, ó hubiera estado diez minutos en poder de Onetto.

Así es que cuando por fin avistamos el ansiado puerto, sentimos mucha alegría y muchísima vergüenza, cuando nos preguntaban mostrándonos unos cuantos miles de barcos que arrojaban toda la riqueza de otros países sobre Buenos Aires:

—¿Eh? Esto no es Montevideo!....

—No, ciertamente, respondíamos; esto es Buenos Aires; pero allá tenemos á Idiarte Borda y á Brian.

Y todos convenían que decíamos la verdad. Pero dejemos lo de allá, que ustedes, naturalmente querrán saber algo de acá, ó de la calle Florida, que es lo mismo, porque para nosotros la calle Florida y Buenos Aires más ó menos son la misma cosa.

Oh! En la tal calle hay que ver.

Empezando por los bigotes de la juventud porteña, maravilla de los bigotes de cualquier juventud del mundo. Estos jóvenes de acá les dedican especialísima atención, y el que vá á la calle Florida y no los admira es porque no tiene corazón. Que tratándose de una ciudad en que, en vez de ser hechos



los bigotes para los hombres parecen hechos los hombres para los bigotes, es pecado no

ocuparse de los tales apéndices que dejan chiquito á Lemos, nuestro orgullo en esta materia

Hay aquí quien los gasta retorcidos en forma de corazón, para aventuras amorosas y anexas, incluso enternecimiento de acreedores. A estos, basta agregarles un escarbadientes algo astillado y tienen ustedes en un rostro de sietemesino con lombrices y ansiedades eróticas manifestadas por el corazón flechado, como en la muestra.

Luego son de notarse los en forma de W, que con un par de pliegues carnosos bien aprovechados dan un manograma peludo bastante decente para uso diario. Claro que



estos constituyen el sello de los jóvenes enérgicos y de mal carácter sin perjuicio de las buenas relaciones y tontería crónica correspondiente.

Agréguese á estos los que gastan bigotes retorcidos caprichosamente en forma de círculos, presentando el aspecto de argollitas de alianza; los que los llevan en espiral, co-



mo pelo de reloj barato, y por último los espumados, especie de espuma rubia que se desvanece en una verdadera gloria de oro desmayado bajo la nariz melancólica que gime desdenes pasados.



Finalmente algunos hay que en complicidad con las cejas simulan perfectamente una urna electoral con gato y todo, para desesperación de nuestro inmortal *Café-Frío*.

Aparte de esta calle de Florida tiene otros atractivos no menos notables, como ser las lindas porteñas que la pasean todas las tardes en coche al trote largo de sus hermosos caballos (que aquí también se preocupan mucho de los animales) lo cual tiene doble in-



terés; porque como el pavimento es de madera y no hacen mucho ruido al acercarse los carruajes a trote largo (moda inflexible, aunque estúpida) en cualquier momento se encuentra uno con las cuatro patas del caballo encima, más el carruaje, cochero y las contusiones consiguientes.

Clase de atropellos que es toda una novedad para nosotros, acostumbrados tan sólo a los atropellos de la Policía con Onetto *ad hoc*.

Y luego, que con estas cosas no tiene nadie ánimo para enojarse porque para eso afeitan aquí a los cocheros, para que uno se muera de risa sólo al mirarlos; que algunos parecen un tocino recién rasurado, con orejas y galera de felpa, y á otros cualquiera les toma por cadáveres de cómicos con botas de *chantilly*. Sin contar los gallegos, cruelmente rasurados, que parecen siempre gallegos.

Y ya que hemos pasado revista á la calle Florida, vaya, para concluir, una conseja del alcalde que puede ser útil á alguien, y que, si bien conocía yo allá, y conocen ustedes en su primera parte, no conocía yo ni conocían ustedes en la segunda y complemento que conocí acá.

Erase que se era un alcalde que se llamaba ¡cómo se había de llamar un alcalde! Juan. El tal sin saberlo él mismo vióse de pronto elevado á la primera magistratura de su pueblo, por causas que no son del caso exponer ahora.

Fué verse allí tan alto el buen alcalde, y la alcaldesa que era por temperamento señora amiga del fausto y del poder, vióse dueña del dicho país... ¡digo! pueblo, y empuñó las riendas del gobierno decidida á extender sobre todos los buenos habitantes del villorio, el dominio que hasta entonces sólo ejerciera sobre su manso consorte y alcalde.

Y así fué como por su orden se hicieron en la aldea muchas barbaridades (que no son las mujeres para estos líos) y á tanto llegó su afán de grandeza que aun los mismos Ministros... ¡es decir! consejeros del ayuntamiento ó *ajuntamiento* (que bien podía así llamarse también) doblegaban la cerviz ante la alcaldal consorte.

Y á tanto llegó su poder, que un día en que una familia amiga solicitó de ella un empleo para el novio de la hija mayor que no podía casarse por falta de recursos, exclamó estas históricas palabras que pasarán á la posteridad.

—¡Ah, sí, sí, cómo no! Si no hay empleo, habrá que *crearlo*, para que ese jóven cumpla su compromiso!

Claro es que á la Repúb... ¡digo! á la aldea le importaba muy poco que el jóven cumpliera ó no su compromiso particular, pero la altiva alcaldera lo quiso así, y el empleo, muy bien retribuido por cierto, fué creado.

A todo esto, los buenos aldeanos aguantaban pacientemente estas cosas de la alcaldera, convencidos de que el pobre alcalde era tonto.

Y...

Y aquí pasemos á la otra historia de alcaldes que me contaron aquí.

Erase un alcalde (pero más alcalde que el otro ¿eh?) y una alcaldesa (pero menos alcaldesa que la otra ¿eh?) también él muy débil y ella también muy ambiciosa y muy dada á meterse en lo que no tenía incumbencia.

Ella mandaba y daba empleos, y *creaba* los necesarios cuando no los había ya creados y doña Cipriana, que por este nombre la conocían y conocen en Buenos Ai... ¡digo!



Frumeray
1875

en su pueblo, hacía lo que le daba la gana con la autoridad del viejo don Luis (que así se llamaba el alcalde).

Pero los buenos aldeanos de esta aldea, apenas separada de la otra por un río, no aguantaron que la alcaldesa los gobernase, (aunque sabían que don Luis era débil) y le obligaron á renunciar; y todo el poder y el fausto y la omnipotencia se vinieron abajo y solo quedó como recuerdo de aquellos alcaldes, una página de vergüenza en la crónica del pueblo vecino.

Y un Julio que felizmente no tenía mujer que le quitase los pantalones, subió al poder.

Ahora, recordando que en la aldea del alcalde Juan hay también un Julio que desea gobernar y que no tiene mujer que lo gobierne vergonzosamente, cumple que ustedes, mis amables lectores, digan al bueno del alcalde Juan, recordándole la historia del alcalde Luis:

—¡Cuando las barbas de tu vecino veas pelar!...

Y hasta la vuelta, lector.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.



CONTRASTES

Yo tenía, cuando era jovencuelo, una novia muy linda con la boca lo mismo que una guinda y los ojos tan claros como el cielo.

Pero ella, que sabía que era bella, y graciosa, y sin un *pero*, tanto amor me tenía que me olvidó por otro caballero.

Y en cambio, otra muchacha si no tan linda, al menos tan graciosa y de virtud sin tacha, se prendó de mi imágen caprichosa.

Yo amaba á mi morena, y, rabiando de celos, la injuriaba, y á amortiguar mi pena mi segunda muchacha se prestaba.

Y tanto hizo por mí, que, enamorado, la confesé rendido que en su buen corazón había hallado la dicha que en el otro hube perdido.

Al pronto se quedó meditando y creo seguirá de esta manera; porque ya no me quiere la segunda y, en cambio, me idolatra la primera.

Con estos tan opuestos pareceres ya mi razón á perturbarse empieza, y, en fin, ¡que no me cabe en la cabeza el modo de entender á las mujeres!

ANTONIO SANTERO.



La gracia ajena

HISTORIETA, POR MECACHIS



DON ZENON

Grueso, rechoncho, satisfecho, sonriente, cuando don Zenón entraba en una sala era cosa de preguntarse dos cosas: primero: si aquel hombre era un pobre tonto, ó simplemente el producto de alguna locura portentosa; segundo: si se estaba delante de algún atavismo de esos que rebajan el hombre hasta convertirlo en un ejemplar de la raza bovina, ó...

¡Ahí está! Obsérvenlo Vds. bien que, si se des- cuidan, desaparece como por encanto y pierden Vds. la ocasion de contemplarlo, porque, como todo hom- bre seductor, se lo disputan á porfia y él se hace desear tambien un poco.

Sin embargo, en casa de doña Fortunata, que es donde está hoy, suele permanecer más de lo común y manifestarse en todos sus atrayentes y varios ta- lentos.

El vá allí por la niña, la hija de doña Fortunata, una pobrecita muchacha que tiene delirio por el canto, pero es tan sorda la desgraciada que un día se puso á cantar la *Muerte de Margarita* con música de la jota de los Ratas de la Gran Vía; y como se le escapara un gallo y la aplaudieran por ello benévola- mente, la infortunada creyóse que le pedían el bis y soltó enseguida media docena de gallos más, tan enérgicos los últimos, que cualquiera los tomaría por ingleses de pura sangre.

Don Zenón, que es más satírico y chistoso que don Francisco de Quevedo, suele aconsejarla, claro, hablándole á alaridos por razon de la sordera de la muchacha.

—Esa cavatina, ó como si dijéramos, esa *nativaca*, que acaba usted de cantar la encuentro un poco dé- bil. ¿Le duele el pecho, el *chope*?

—¡Jesús! ¿De cerveza me habla usted? ¡Yo no bebo!

Sonríe don Zenón radiante:
—¡Ah, niña, niña, niña! Si no digo eso: es un chiste: de pecho, *chope*. ¿No lo había Vd. comprendido?

—No, señor, no.
—Pues es de los mejores del género ese chiste. ¿No es cierto doña Fortunata?

Doña Fortunata siempre está distraida, y cuando la interrogan, suele decir algun desatino.

—¡Ah, don Zenón! Usted no sabe lo que es tener el hígado enfermo. Hasta la leche de yegua que tomo, me parece negra como un veneno matador; y después me entran unos romanticismos... La otra noche me puse á llorar amargamente, porque se me cayó al suelo un anillo que tengo con un diente de mi abuela.

Don Zenón, que no pierde ocasion de lucir su in- genio, contestó al punto:

—¿De su abuela? Y cayó al suelo? Pues debería haber volado, por lo de *a-buela*. ¡Claro!

—¡Ah! No se burle Vd. don Zenón: cuando una está enferma de esa *visiera*, ni el cepa caballo ali- via nada. ¿No sabía usted esa enfermedad?

—Al hablarme del *cepa*, claro es que lo sé, ó mejor dicho, que lo sepa!

¡Era inagotable! Cuando don Zenón empezaba á soltar chistes, era cosa de preguntarse si aquella cabeza no era un fulminante perpétuo: ¡tantos chis- tes brotaban de su cerebro! Por ejemplo: pedía un cepillo de ropa, y en seguida añadía: «Pero no de carpintero, eh?» Quejábanse una señora de la poca gente que asistía á sus tertulias, y el chispeante don Zenón sugería: «¿No se llama usted Sara, señora?»

Claro: su sala tiene que ser un desierto.» Hablando de cierto sujeto de elevada estatura, decía: «Tiene siete piés.» Y como algunos ignoraran que el sujeto era alto y se extrañaran de tal número de piés, aña- día con una sonrisa: «Cuatro no sé si los tendrá efectivamente; por si acaso, los tres restantes son piés de medida.»

Para todo tenía una gracia, para todo un chiste. Muchas veces, haciéndose el aturdido, solía incurrir en trasposiciones, para luego soitar el chiste. Decía, hablando rápidamente: «He comido hoy una paso deliciosa... digo! una sopa deliciosa.» Y siempre sonreía modestamente, cuando encontraba algún bolonio que le felicitara por ello.

Claro es que doña Fortunata le adoraba de todo corazón, por ser don Zenón el prometido de su hija Paca. Con esta don Zenón perdía el tiempo lá- mentablemente, pues la muchacha era sorda como una puerta. Sin embargo, aquel hombre tenía tan extraordinaria manía por mostrarse chistoso, que á veces se pasaba las noches enteras soltándole chis- tes á la sorda, que maldito si comprendía un ápice de todo aquello. Con todo no se enfadaba don Ze- non: oyéndose él mismo gozaba y gozaba. El que lo molestaba á veces de una manera sin ejemplo, era el rapaz de doña Fortunata, un rapazuelo de cinco años, auriga entusiasta de moscas y ratones.

Don Zenón, que era sumamente calvo, tenía más pelo en la cara que un bisonte que hubiera usado Tónico Oriental. Tenía pelo en las orejas, en los ojos, en la nariz, en la frente. Pues bien: apenas entraba don Zenón á visitar á su novia, ya el chico estaba en asecho; poco á poco, y como quien no quiere la cosa, se acercaba al bisonte, digo, el chispeante don Zenón, y de pronto, le cojía los pe- los que le brotaban de las fosas nasales y le tiraba de ellos fuertemente. Naturalmente, aquello hacia prorrumpir en alaridos de dolor á don Zenón y se le caían las lágrimas de los ojos. Al día siguiente don Zenón venía con los pelos de la nariz perfectamente cortados; pero el chico aguardaba, y apenas le cre- cían de nuevo, ¡zúis! ya el chico se le prendía nue- vamente á ellos. La madre lo reprendía, pero nada: el chico estaba empecinado y encontraba su igual deleite en destrozlar las fosas nasales de don Zenon.

Este tuvo á fin que comprar al niño. llenándole de regalos, á objeto de poner término á aquel martirio nasal.

Al fin don Zenon se casó con Paca en los co- mienzos del Invierno. Habian pasado ocho años, y sin embargo don Zenón no habia perdido la chispa.

Cuando salía del templo, llevando á la pobre sorda del brazo, algunos le oyeron decir:

—¿Qué tienes, Paca mía? ¿Te quejas de frio? Pues tontita, vuelve tu nombre al revés y no tendrás más frio. ¡Te servirá de *capa*, y eso abriga!

CARLOS LENGUAS

JUSTICIAS Y LADRONES (1)

¡Qué carreras! ¡Qué barullo!
¡Qué agitarse y que gritar!
¡Unos á otros se persiguen
con inusitado afán.
¿Es el marro? No es el marro,

(1) Aquí va otro versito de actualidad.

porque no les vi *chapar*.
¿Es el toro dado? No.
¿Qué será? ¿Qué no será?
Para salir de mis dudas
detengo el paso á un rapáz;
y, dándole un caramelo,
le preguntó:

—¿Aqué jugáis?

—A *justicias y ladrones*

—Vamos, sí; un juego social.

¿Y cómo se juega á él?

—Pues miré usted: Pedro y Juan

con otros cuatro muchachos

de su misma vecindad,

son los ladrones: asaltan

á Dieguito y á Tomás;

les roban, les asesinan

y se marchan á ocultar.

—Ya voy entendiendo.

—López,

que hace aquí de tribunal,

manda á la guardia civil

que salga al punto detrás

y les coja... y á la cárcel.

—Muy buena ejemplaridad.

¿Y acaba con eso el juego?

—No, señor, aún falta más:

Pedro, uno de los ladrones,

se logra al fin escapar

de la cárcel.

—¿Y los otros?

—Como también juega Illán,

hace de Gobierno.

—Y ése...

—Ese ¡indulta á los demás!

M. OSSORIO Y BERNARD.



San Miguel Arcangel (1)

El marqués de la Real Merced solía tener algu- nos ratos de expansión con sus amigos del Casino. Formaban estos una piña de veteranos de la di- plomacia, con el almanaque de Gotha por Biblia, y cuentos íntimos de todas las cortes europeas para solaz de sus forzados ocios. Casi todos ellos eran calvos aristócratas, gruesos, miopes y saludables; sus cuerpos pedían, en vez de *burguesas* levitas, ca- sacones bordados; y sus almas, en vez de tratados

(1) De *Los Madriles*.

de comercio, intrigas palaciegas y sonrisas de príncipes.

Y el marqués de la Real Merced decía á sus amigos: «Eulalia es una santa. Todos vosotros habéis conocido á la marquesa en su juventud y admirado su carácter alegre y decidida y aquella risa constante que repartía salud y contento en torno suyo. Bien os acordáis de la tarde en que, paseando una persona de la familia real por las alamedas de Aranjuez, oyó salir de entre los arbustos un ruido fresco, armonioso, continuo, que le hizo exclamar: O por aquí hay una fuente ó es que se rie la marquesa de la Real Merced. ¡Pobre Eulalia! ¡Cuán to tiempo hace que la risa ha desaparecido de sus labios!...»

Todos los compañeros del marqués bajaron conmovidos la cabeza.

Y el marqués continuó: «Tiene Eulalia en un medallón una preciosa miniatura representando á San Miguel Arcángel. Está el noble capitán de las milicias celestiales en su traje de guerra, desnuda la espada, alti va la frente y victoriosa la sonrisa. Eulalia jamás aparta de sí este medallón; creo que es un recuerdo de su madre; no lo sé, pero dudo muy mucho que el vencedor Arcángel haya tenido devoto más fiel que la marquesa. Se encomienda á el besándole amorosamente por la mañana, rézale varias veces durante el día, contémpale con místico arrobamiento á cada instante, y ¡cuántas noches, fatigada por el insomnio, coge el medallón en sus manos, y en dulcísima conversación con el celeste Capitán le sorprende á la infeliz el día! ¡Eulalia, amigos míos, es una santa!»

Y el marqués entornó los párpados como para ver á su querida esposa con un nimbo de luz y rodeada de cabecitas de ángeles.

«El cambio de su carácter ha debido obedecer, yo por lo menos así lo creo, á un susto terrible, á una fuerte y desagradable impresión. Os contaré lo ocurrido y seguramente reconocereis que no puede ser otra la causa. Estaba yo de primer Secretario de la Embajada en París, y Eulalia, por precepto facultativo, tuvo que regresar á España y establecerse en Málaga, cuyo dulce clima convenía á su delicada salud. Compramos un hotelito con un jardín, cerca de la población, y allí la dejé para volver á encargarme de la Secretaría. Dos años estuvimos separados; pero cuando me dieron la Legación de Viena, aproveché el mes de licencia que me concedían para reunirme con Eulalia. Pues bien; el día antes de llegar yo á Málaga, sucedió en el jardín del hotel una cosa terrible.

«Fue que un calavera, un jugador... Sánchez del Olmo, que era capitán de artillería, chico de buena casa, pero muy mala cabeza, perdió en el Casino no sé cuantos miles de duros; ello era una enormidad, y viéndose comprometido, porque parece que andaba por ello la caja del regimiento... en fin, que salió desesperado de la población, entró en el jardín de nuestro hotel, cuya verja estaba desgraciadamente abierta, se sentó en un banco, sacó un revólver del bolsillo, apoyó la boca del cañón en la sien y se disparó dos tiros. Al oír la detonación salió del hotel la marquesa, y ¡figuraos qué espectáculo! el pobre chico, según me dijeron, estaba horrible, toda la cara ensangrentada, las sienes deshechas... ¡atroz!

Dióle á Eulalia un síncope... dicen que cayó como muerta y que tardó tres horas en volver en sí... yo la hablé al siguiente día como si hubiera pasado una grave enfermedad... se apoderó de su ánimo una profunda tristeza, tenía pesadillas por las noches... se puso mortal. Me alarmé muchísimo... por fin fué lentamente recobrando su salud... pero desde entonces no se ha vuelto á reír. ¡Demonio de chico! ¡bien podía haber elegido otro sitio para suicidarse! En fin, que Dios le haya perdonado; era de los Sánchez del Olmo de la Montaña, buena familia, un poco calaveras... todos ellos han concluido así.» Hasta aquí el Marqués.

Y mientras esto decía el Marqués á sus amigos del Casino, la Marquesa... ¡qué hermosa debió haber sido aquella mujer! Sentada junto á una mesita de laca, en la que había una lámpara, cuya suave luz apenas hacía más que acariciar la oscuridad del gabinete, ya se llevaba el medallón á los labios, ya fijaba sus hermosos ojos en unas arrugadas cartas, ya se quedaba contemplando tercamente la oscuridad é iban cayendo al mismo tiempo por sus mejillas majestuosas, serenas lágrimas. Cogió una de las cartas, y con voz muy tenue, salida del pensamiento mejor que de los labios, leyó las siguientes frases, más fijas aún en su memoria que en el papel donde fueron escritas:

«Es imposible, Eulalia, que cumpla lo que ayer te ofrecí. No puedo, no puedo consentir que nuestro amor termine; yo sé que con la continuación de nuestro cariño peligraría tu honor... pero ¡si yo te adoro! No; no lo he pensado mucho, déjame; ¿para qué he de vivir? Disfrazaré los motivos que me impulsan á la muerte, que nadie sospechará... Esta noche, por Dios, no me hagas esperar ¡será la última de nuestro cariño! ¡qué hermosa noche! todo el placer del amor y toda la tristeza de una separación para siempre... Te llevaré mi retrato, que está ya concluido. Dios me perdonará el haberme hecho pintar, como pintan á San Miguel Arcángel; pero así no podrá comprometerte mi triste efigie y tendrás un retrato mío y un santo más en tu guarda, ya que mi desdicha aun no me deja... No; ¡es inútil que te disfrace mis sentimientos! Estoy llorando como un muchacho. Hasta la noche, á las nueve en punto, que no tarde Luisa en abrir la verja. ¡Te quiero tanto! Adios.—Sánchez del Olmo.»

Aun estaba la Marquesa saboreando la dulcedumbre de sus recuerdos, cuando una doncella le anunció el regreso del Marqués. Eulalia guardó sin apresurarse las cartas y dejó el medallón de San Miguel Arcángel encima de la mesa. El Marqués acercóse á su esposa, preguntándole cariñosamente: «¿Cómo te encuentras esta noche, hija mía? Despues, sentándose al lado suyo, contóle para animarla los sucesos más notables ocurridos aquellos días en la Corte, y llegada la hora en que solía retirarse á sus habitaciones, como muestra de respeto á la devoción de la Marquesa, cogió el medallón de San Miguel Arcángel y fué á estampar un beso en la noble faz del capitán celeste.

Alzóse al verlo la Marquesa de la butaca, y temblando de emoción, pero con voz enérgica y segura, dijo deteniéndole el brazo: «¡No, no, no!»

El Marqués no pudo contener un gesto de sorpresa: mas recobrando enseguida su serenidad, dejó precipitadamente el sagrado medallón sobre la mesita de laca.

Y al retirarse á sus habitaciones iba diciendo: «¡Ni siquiera permite que besen al Arcángel más labios que los suyos!» ¡Pobre Marquesa! Decididamente tenía razón el que dijo que en la devoción de las mujeres hay siempre mucho de idolatría.

J. DE R.

EPIGRAMAS

Quince años cumple Gaspar
(que es un muchacho ejemplar)
y están sus padres perplejos,
sin saber los pobres viejos
á qué le han de dedicar.
Uno á las artes se inclina,
y otro dice que ingeniero;
y él está por la Marina
(que es una chica divina
que hay en el cuarto tercero).

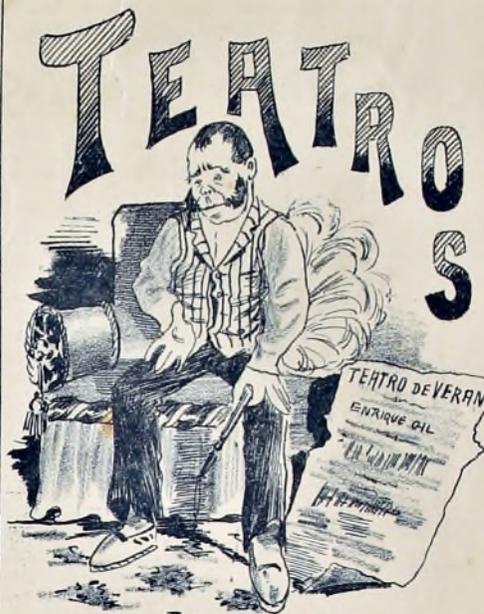
Cogió un gran pismo Leonor,
y su esposo don Melchor,
con el afán de abrigharla,
hasta el gabán quiso echarla
para que entrase en calor.
Y como es lo más Adán
que come en el mundo pan,
sufré tales distracciones,
que la echó los pantalones,
en vez de echarla el gabán.

Sirvienta Juana Garrido
drsdé muy joven ha sido,
y ahora no encuentra acomomo,
y es que ya tanto ha servido
que es inservible del todo.

Tres hijos tiene Audrés,
y es hombre de tal suerte
que quizás sea padre de los tres!...

Querida mantiene Prida
y sin caballo no vive;
más las coces que recibe
siempre son de la querida.

L. P.



Con tres funciones en un mismo día, empezó el domingo el Teatro de Verano su segunda época.

Segunda época en lo tocante al cuadro de la compañía, que ha sufrido una pequeña variante desde la separación de Clotilde Perales y Eliseo San Juan de la Empresa Enrique Gil.

La señorita Montenegro ha sustituido á la Perales, que es tal vez una de las mejores tiples de zarzuela del Rio de la Plata. San Juan es un artista discreto, y no ha sido sustituido aún, á no ser que haya sido su reemplazante el Sr. Eduardo Alvarez, un tenor de bonita voz, simpático, aunque un tanto neófito en la escena. También es un nuevo elemento la Sta. Josefina Calvo, una tiple muy pequeña, de voz delgada y muy suave.

Entre las piezas dadas en la presente semana, tenemos *El Tambor de Granaderos*, *De Madrid á París*, *El Certámen Nacional*, *Calderón*, *Las Tentaciones de San Antonio*, *Viento en popa*, etc.

En esta última Gil está á maravilla, tal vez como en ninguna otra. En *El Certámen Nacional* y en *El Tambor de Granaderos*, luce la Montenegro su muy bien timbrada voz. Mesa, asombroso en sus actitudes é inflexiones de voz, hace morir materialmente de risa.

Los demás artistas, muy discretos y de excelente buena voluntad, contribuyen el buen desempeño de las obras.

Mañana tendremos un estreno: *A vuelo de pájaro*, revista criolla de Enrique de María, aplaudido autor de *El melón de Invierno*.

Todo el mundo allí, en honor del arte nacional

RE-BEMOL

Tristezas

Pasa á mi lado arrolladora y grave,
y advierto una cadencia misteriosa;
ritmo de sentimientos apagados,
llantos de un corazón que se deshoja.

Contemplo en la humedad de sus pupilas
los restos del dolor que se desborda;
y esa apagada música del río
adquiere de su voz ritmos y notas.

Hay en su risa dulces armonías,
y en su pena las lágrimas que ahogan...
y es su llanto, ese ruido que, al besarse
y al rodar á la nada hacen las hojas.

Bajó del cielo, con la luz del cielo,
el color y el perfume de la rosa:
¡y es la expresión, la idea, lo sublime;
que de lo grande en las alturas brota!

Pero... ¿que no me ama? ¡No te importe!
Yo no amo la armonía por las notas...
La adoro por instinto y con locura,
¡sólo porque es hermosa!...

R. S. Díaz

Porqué no deben gobernar las mujeres?



Vaya; ocupémonos, si ustedes gustan, de nuestro concurso, que quedó un poco más abandonado de lo que yo quisiera, debido á circuntancias particulares, pero dignas de toda mi atención.

Cumpliendo lo ofrecido, van publicadas hoy todas las contestaciones recibidas á tiempo en las oficinas del semanario.

Para que no haya lugar á que se dude de nuestra imparcialidad, hemos resuelto insertarlas todas, aún las que resultan tan semejantes como nuestros amigos los hermanos Rivière.

Y, ahora, señores lectores, entran en juego ustedes, encargados por nuestro ya público programa, de actuar como cuerpo electoral.

Consideren ustedes que se trata de la eleccion de una respuesta, acto mucho más importante que la de un diputado, porque la respuesta es como si diéramos la manifestacion externa de la facultad de hablar y en cambio hay muchos diputados que no tienen esa facultad.

Asi es que les rogamos encarecidamente, que no hagan caso de las cosas del Directorio del Partido Blanco, y renuncien por completo al sistema de la abstencion, porque nosotros lo necesitamos con urgencia, y ya no es chica razon.

Conque, aunque demos un disgusto al Gobierno, empeñado en lo contrario, deseamos ardientemente que voten todos los que tengan derecho á hacerlo, segun las bases más abajo enumeradas.

Y antes de enunciarlas, advirtamos que ellas responden á extender el sufragio cuanto más sea posible para que el resultado sea la fiel expresion del voto popular (pero no parece esto un verdadero programa político con fraseología de hojalata y todo!) ya restringirlo cuanto sea necesario para hacer posible dentro de nuestros límites, la recepcion en buen tiempo y el escrutinio de los votos.

Dicho esto, pueden emitir su voto:

1.º Todos los seres humanos cuyo nombre figuren ó hayan figurado en nuestras listas de suscripcion.

2.º Todos los que de otro modo cualquiera, por ejemplo, remitiendo versos, haciendo consultas, etc., hayan acreditado su personalidad en esta Redaccion.

Para votar basta remitir una tarjeta postal en que se indique el número de órden de la respuesta elejida para el premio, y la firma del votante; los votos se recibirán en esta Redaccion; Uruguay 301, hasta el Jueves 19 del que corre.

Por último; el dicho día Jueves 19 del que corre, á las cuatro de la tarde, se procederá al escrutinio con estricta formalidad, condicion que queda garantida por la actual ausencia del general Café Frio, por la absoluta prohibicion de que asista á la

mesa escrutadora ningun Jefe Político, Presidente de Junta Económico Administrativa, Comisario y otras alimañas del gremio. Una vez efectuado el escrutinio se proclamará como más ingeniosa, sin apelacion, la respuesta que obtenga mayor número de votos.

NOTA MUY IMPORTANTE.—Si fuera cierta la apatía con que se tacha al cuerpo electoral y votara un solo suscriptor, (lo cual no deja de ser posible en esta tierra) la coleccion de *Caras y Caretas* encuadrada, se entregará al autor de la contestacion favorecida con ese voto.

Conque, hasta el domingo.

Y no faltaremos ¿eh? ¡Carambal!

He aquí las contestaciones recibidas:

PORQUÉ NO DEBEN GOBERNAR LAS MUJERES?

1.—Porque las rentas del Estado apenas alcanzan á cubrir las necesidades de la morada presidencial.—M. B.

2.—Porque no son hombres!—P. E. B.

3.—En mi concepto, es porque la fábrica jamás podrá funcionar sin el fabricante.—MANUEL.

4.—No gobierna la mujer porque el hombre no la deja. Desde el mitológico torneo á que la civilizacion griega sometió la Maternidad con la Paternidad, su feudataria, la mujer quedó desterrada de hecho!... Y así anda ello desde entonces!—IBERIA.

5.—Porque en el Gobierno han superado á los hombres por su tino, discrecion y prudencia, y g. Isabel la Católica, Isabel Stuart, Catalina de Rusia y Cristina de Suecia.—J. R. F.

6.—Porque sería muy fácil encontrar decretos redactados en esta forma: «La Presidenta de la RRepública acuerda y decreta: En vista de los contravandos berificados en las horillas, en toda la kosta, etc.»—R. S.

7.—Suprimirian el Registro Civil y los libros de nacimiento, á fin de que no se pudiera comprobar la edad.—O. C. M.

8.—Porque si fuesen hermosas, andarian siempre moros por la costa, lo cual sería un tanto salvaje tratándose de un pais civilizado.—F. S.

9.—Porque siendo del género femenino es vez de gatos habria gatas, y cualquiera puede concebir la funesta propagacion de esa especie tan amada en este país!—E. L. G.

10.—Jamás se podría celebrar un acuerdo: cada una tiraria por su lado.—M. Q.

11.—Porque sería imposible encontrar una que pudiera ser legalmente Presidenta. ¿Quien de ellas confesaria tener 33 años?—R. O.

12.—Porque el ejército no estaría armado sino con fusiles de fulminante.—D. B.

13.—¡Horror! ¡Una suegra podría regir los destinos del Estado!—Z. Z.

14.—Porque la pena de muerte quedaría sustituida por la ocupacion de pedir limosna en las casas honestas.—L. M.

15.—Serian capaces de ponerle peluca rubia y corsé á la estatua de la Plaza Libertad.—H. G.

16.—Porque siendo muy frecuente el estado interesante, los ingleses, tan amigos del interés, serian capaces de cualquier atentado.—T. S. F.

17.—En caso supuesto que existieran elecciones no sería posible encontrar un voto: todas se tendrían envidia.

18.—No gobiernan simplemente Porque no se entenderían; Solo acordes estarían En mantener consecuente Sobre el hombre su ascendiente.... Y entonces, como reirian!...—ASONIPSE.

19.—Porque el Gobierno sería el de sus novios.—A. E.

20.—En su afán de buscar para todo un día de moda, no iban á asistir al consejo sino los Viernes.—A. B. R.

21.—No deben gobernar porque obligarian al hombre que visitara dos meses á una muchacha, el casarse con ella aunque fuera tuerta.—C. E.

22.—Porque su debilidad llegaría á tal extremo que ni siquiera castigarían á las autoridades que apalearan á las manifestaciones pacíficas.—J. M. S.

23.—Si gobernarán les obligarian á pagar doble contribucion á los solteros.—A. G. S.

24.—Porque de seguro cambiarían los gatos electorales, por gatas, y teniendo en cuenta el poder reproductor del sexo femenino... E. C.

25.—Pues! Como llegarán á gobernar, fervientes admiradoras de Becquer, iban á ordenar que se redactaran en rimas hasta las sentencias de muerte.—E. D. L.

26.—Porque dada su inseguridad para escribir no habria un documento oficial sin borrones y por consecuencia ni un militar con su foja de servicios limpia.—M. B.

27.—Porque empezarian por suprimir las bailarinas en los teatros.—L. I. G.

28.—Porque gustándoles tanto los buenos mozos, no permitirían á Cuestas en el Senado y la pérdida de ese importante elemento sería irreparable.—R. G.

29.—Si gobernarán peligraría la libertad, tan partidarias como son de las cadenas del Himeno.—A. R. S.

30.—Porque nos quedaríamos casi sin rentas de Aduana, una vez declarada libre de derechos, por decreto inaugural, la importación de espejos, polvos de arroz y colorete. A. S.

31.—Porque no podrían usar el bastón presidencial.—C. T. O.

32.—¿Que no deben gobernar? Sólo porque los hombres son los que han hecho las Constituciones?—C. A. G.

33.—Porque son mujeres.—J. P. O.

34.—Porque avergonzarían á los hombres que están desempeñando tan mal el oficio de Gobierno.—F. R.

35.—Porque en hacerse rizos se les iría todo el tiempo.—C. S. R.

36.—Porque gritarian mucho, como en la cazuela de los teatros.—N. L.

37.—Sería imposible el gobierno porque no podrían ponerse nunca de acuerdo.—D. L. C.

38.—Las mujeres no deben gobernar, porque si gobernarán, de dónde sacaríamos una *Monsieur Ministre de la Guerre!*—P. S. C.

39.—Porque tomarían pal Patronato á la República entera.—B. P. M.

40.—Es imposible el Gobierno á las mujeres porque sería abolida la libertad de imprenta el día que algún diario de oposicion las llamara feas ó viejas.—O. A. A.

41.—Porque dada su devoción, corromperían el gusto literario dando á leer á todos los chicos de colegio las *Místicas*.—E. R. B.

42.—Porque las croquetas son muy perjudiciales.—M. S.

43.—Porque las manejarían sus confesores.—T. I. C.

44.—Porque se multiplicarían las sentencias de muerte por arañazos en razon directa de los casos infidelidad marital.—S. A.

45.—Porque nos quedaríamos sin quien nos remendara los pantalones.—S. D. V.

46.—Porque una rata en la casa de Gobierno dejaría en un instante acéfalo el Poder Ejecutivo.—C. O. P.

47.—Las mujeres deben estar excluidas del Gobierno, porque si gobernarán se daría el caso de que el sexo débil tendría bajo sus órdenes la fuerza.—C. P.

48.—Porque no lo necesitan, puesto que ya muchas gobiernan desde su casa á quienes todos sabemos.

ANTICUARIO

Calle 18 de Julio
184

Vende, compra y revende -El Anticuario- libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

HOTEL CENTRAL

Gregorio y Peda y C

CALLE
25 DE MAYO
241 y 247

FALLIGARIS

Estudio fotografico

Hace esta fotografia retratos tan excelentes que á ella acuden á porfia las más distinguidas gentes.